

QUINTO CICLO

Cultura Vasca

CONSIDERACIONES SOBRE LA CULTURA VASCA

por D. Ramón Labayen

*Conferencia celebrada
el 19 de enero de 1993*

UNIVERSIDAD DE DEUSTO
DEUSTUKO UNIBERTSITATEA

Quiero agradecer, ante todo, al Forum Deusto y a Juan de Churruca, esta oportunidad que se me ofrece de expresarme precisamente aquí, en este lugar, ante este auditorio.

Me siento honrado por encontrarme en Deusto, el primero entre los Centros Universitarios vascos, centro generador incomparable de cultura que yo conozco bien a través de su obra, de esos hombres moldeados y formados aquí, con algunos de los cuales he tenido el privilegio de trabajar y que como estamento humano, con identidad propia, han tenido y siguen teniendo un papel y unas responsabilidades fundamentales en la vida misma de este país. Eso hace de mi intervención aquí un verdadero compromiso.

El tema que va a ser el objeto de mis divagaciones es a la vez apasionante, porque cultura, capacidad creativa, expectativas de vida y desarrollo, son todo uno cuando se refieren a una colectividad humana... y difícil porque se ha dicho tanto sobre Cultura Vasca que cabe preguntarse si queda algo por decir. Opinión un tanto *pro domo*, que me evita el tener que alegar mis propias limitaciones para explicar la modestia de mi contribución al enriquecimiento del tema.

* Ramón Labayen nació en Tolosa en 1928. Se licenció en Ciencias Químicas y en 1960 se tituló como Director de Empresas Turísticas. Comenzó su actividad profesional trabajando como químico para pasar más tarde a llevar la gestión del Hotel de Londres e Inglaterra de San Sebastián. Allí estuvo de 1959 a 1978, año en que comenzó su carrera política. En 1978, Labayen fue nombrado Presidente de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián. De 1979 a 1983 ocupó el cargo de Diputado de Juntas Generales de Guipúzcoa y poco después entró a formar parte del Primer Gobierno de Carlos Garaikoetxea como Consejero de Cultura. Otros cargos que ha ostentado han sido los de Alcalde de San Sebastián y Parlamentario en Vitoria. Actualmente trabaja en la Sociedad Plasencia de las Armas (División de Material Militar).

Esto hace que las consideraciones preliminares puedan tener tanto o más peso que el propio meollo del tema, lo cual puede dar lugar a que mi intervención empiece y termine en *queue de poisson*.

No esperen pues ustedes una exposición metódica por mi parte, sino unas consideraciones, que a falta de rigor tendrán espontaneidad. Algo excusable hoy para un ciudadano de la ciudad de San Sebastián.

Dicho esto, creo que el momento elegido por este Forum para desarrollar un ciclo de Cultura Vasca es consecuentemente acertado... porque pienso que estamos en tiempo de cambio y los tiempos de cambio son tiempo de reflexión y que el pueblo vasco, en su peculiar y compleja configuración actual, termina, culmina, da fin a un ciclo más de su historia y se dispone a iniciar el siguiente en unas condiciones que no tienen precedente en nuestro pasado. Momento no exento de solemnidad. Se podría adaptar a nuestro cambio aquella visión profética que tuvo Goethe, en el atardecer de la jornada de Valmy, cuando dijo: «En este lugar y en este día empieza una nueva época de la historia... y podréis decir que habéis asistido a sus albores».

Y es que son todos esos ingredientes, que pesan de forma determinante en la vida de los pueblos, los que en este período último de doce o trece décadas han sufrido cambios en profundidad aquí. Parece como si los precedentes no valieran, como si los puntos de referencia desaparecieran. Se abren ante nosotros nuevos horizontes que están ahí, en los que forzosamente nos tenemos que adentrar al comienzo de una nueva era de los grandes descubrimientos. Con todo lo que tiene de riesgo y de incertidumbre. En lo político, en lo económico, tecnológico, sociológico y fundamentalmente como comienzo de todo, en lo cultural.

Cambio político, porque si algo ha cambiado en estas décadas ha sido el concepto de Estado que ha imperado en este país y porque el propio Estado, al entrar a formar parte de una asociación de Estados, ha perdido prepotencia en la medida en que ha perdido soberanía.

Basta cotejar los textos que Cánovas inspiraba a D. Alfonso XII con los que, todavía ayer, Suárez sugería a D. Juan Carlos I, para ver lo poco que queda, en lo que nos afecta, de aquella concepción de Estado que se llevaba en Madrid en 1876, de aquella suprema tentativa de uniformización que se nos aplicó, literalmente a punta de bayoneta, si no es el recuerdo amargo de lo innecesario y de algo que ha provocado, en unos y en otros, actitudes de un radicalismo esterilizante. Para terminar un siglo más tarde en el reconocimiento de nuestra existencia diferenciada. Con

la admisión de que dejándonos ser lo que somos, es como mejor contribuimos a la deseable armonía y común prosperidad.

El cambio político adquiere por supuesto una amplitud inconmensurable, cuando en la parte clave de este continente europeo, anquilosado y balcanizado en Estados afectados, casi todos de tendencias suicidas y de paranoias fuera de control, asistimos al nacimiento efectivo de Europa, una Europa que es aún la de los Estados, pero por qué no reconocerlo, unos Estados con un nuevo sentido de solidaridad y unos deseos creíbles de adaptar mejor sus estructuras a las complejidades y matices de la condición humana.

Yo no sé si esto es una Revolución o es un Milagro. Es algo del que casi todos esperamos casi todo.

Cambio también, porque esa Revolución Industrial apoyada en unas aportaciones inmigratorias considerables, fue también una Revolución Cultural que se hizo marginando la cultura existente, la del país, quizás porque la cultura del país no estaba preparada ni adaptada a cambios socio-económico-técnicos de ese calibre. Surge una cultura o una subcultura paralela, desafortunadamente, y en más de un aspecto, antagónica con la autóctona. En todo caso, ese ciclo de enorme desarrollo, que se podría enmarcar *grosso modo* entre 1870 y 1990, parece que ha quemado su creatividad, que ha cerrado su propio círculo y se encuentra en fase terminal.

Y por qué en el mismo período la reacción del viejo sustrato cultural vasco resulta de un vigor tal que hoy esta Comunidad, en su nueva configuración, es capaz, *per se*, sin aportaciones inmigratorias fuera de cuestión y sin soluciones emigratorias que parecen cerradas, de iniciar esa necesaria e inevitable —si queremos vivir— nueva Revolución, sin duda con problemas y con traumas, pero sin alienaciones. La vieja plataforma cultural vasca es hoy capaz de ofrecer creatividad, ética y seriedad, a una nueva etapa de desarrollo que se anuncia difícil.

Cambio finalmente y puede que sobre todo, en ese instrumento de pensar que es el euskera, que aparece como repentinamente actualizado, adaptado a las necesidades de una sociedad urbana, irrumpiendo en el ámbito vasco. Es Lázaro que resucita y vuelve a sentarse en la mesa familiar. Es una pena que el Evangelio no elabore y no explique cómo se adaptó la familia de Lázaro a su nueva presencia. Trauma de la muerte, sin duda. ¿Pero hubo trauma de la resurrección? ¿Haciendo del querido difunto el molesto resucitado? ¿El euskera elemento descriptor de un *status quo* que lo situaba en fase terminal? Materia de reflexión, sin duda alguna, para esta reflexión cultural...

Nos encontramos, pues, inmersos en un contexto claro de final de un período histórico que nos ha legado sus activos —porque los hay, importantes y numerosos— y cómo no sus pasivos, que habrá que saldar, y de comienzo de uno nuevo, que ofrece motivos de inquietud como de esperanza. Es en este contexto de transitoriedad donde debemos situarnos para que cualquier consideración sobre nuestra cultura, una más en Europa y en una situación de inter-permeabilidad creciente con las demás, tenga sentido.

Hay un reto que es claro, un reto que afecta tanto a las culturas como reflejo de formas de ser colectivas, como a los individuos, a título de compromiso personal. El de ser capaces, aquí en Europa, de *crear la cultura de la convivencia entre culturas...*

O esto se consigue, se implanta, se desarrolla desde el principio de los tiempos, que es ahora, hoy, o la nueva Europa no tiene sentido. Con todas las probabilidades de convertirse lamentablemente en un escenario ampliado de las viejas agresiones, de las viejas intolerancias, que comienzan siendo políticas, socio-económicas para terminar convirtiéndose, descarnada y brutalmente, en culturales. Con las secuelas que todos conocemos. No faltan desde luego, esas buenas intenciones, que sin embargo, de no convertirse en realidad, con pragmatismo y delicadeza, sólo sirven para pavimentar el camino hacia el desastre.

Pensar que nosotros los vascos seamos capaces de hacer una aportación significativa al «Ars» de esa cultura de la convivencia de las culturas, puede parecer la manifestación de un optimismo delirante. Nosotros, que cuando no somos Gambo somos Oñaz y cuando no somos Agramont, somos Beaumont... Banderizos relapsos...

Y sin embargo, puede que resulte posible, que sea además algo capaz de motivar poderosamente a nuestra comunidad. En este microcosmos vasco tan pequeño y tan complejo, donde la confusión afecta a las diversas comunidades y perturba la vida interior de los individuos, necesitamos urgentemente aprender a navegar juntos, a remar en el mismo barco. Cultura de la convivencia, ejercicio de la tolerancia y algo más: necesitamos afecto entre los grupos y las personas, por distinto que sea el pelaje y el origen... y el idioma. De no conseguirse esto, no necesitaremos de agresiones externas para desaparecer. Si no somos capaces de generar más cultura que la de la perturbación, serenamente, nuestro suicidio sólo causará eventualmente el alivio entre los que nos rodean. Visión ésta pesimista que no comparto, pero que me ha parecido que había que evocar, pensando que podemos ser un precedente de lo que va a necesitar Europa...

Y es que en último grado estamos hablando en Euskadi y en Europa, de unas premisas culturales que permitan el máximo aprovechamiento de las energías creativas, de todas las energías creativas dispersas hoy en el Continente.

De ahí la necesidad fundamental para cada cultura y para cada uno de los colectivos que las generan, de dominar, de liquidar esa tentación que es como el pecado original de toda cultura: la de arrasar aquellas otras que en su ámbito de contacto y en su momento, por ser más débiles, resultan más vulnerables...

No hay posibilidad de crear la casa Europa, en el edificio político europeo, si no terminan las guerras culturales, si seguimos en una situación de culturas arrasadoras y de culturas arrasadas.

Cuando se constata que a principios de siglo un místico del calibre de Charles Peguy, ese hombre de sensibilidad exquisita, que es autor del *Misterio de la caridad de Juana de Arco* y de tantas obras de una espiritualidad excepcional, no vacilaba en afirmar que «El número de personas que se expresan en francés, y la extensión de los territorios que ocupan depende únicamente del soldado francés y del cañón del siete y medio», se valora mejor el inmenso progreso, en ideas y en sensibilidades conseguido en esta vieja Europa. Peguy murió, en rara coherencia con sus ideas, de una bala en la frente cuando, oficial de reserva, iba al asalto en la batalla del Marne. Esa muerte tiene algo de redentora. No es menos cierto que hoy sentimos la necesidad, tenemos la convicción profunda de la obligación de eliminar, de destruir cualquier sistema político, cualquier construcción estatal que base su existencia y su desarrollo en planteamientos asoladores de uniformización cultural...

He ahí uno de los problemas que siguen sin resolverse en esa España en perpetua gestación, donde no se consigue superar la tendencia a identificar el conjunto del país con la gran Castilla, con una Castilla en gran escala, donde todo monte se vuelve llanada... La gran y catastrófica idea del Conde Duque... A la vista de lo ocurrido desde entonces, se podría, aunque de forma somera y por tanto no del todo justa, afirmar que en Madrid han abundado los Condes Duques y escaseado los hombres de Estado. Que no hace falta recurrir a supuestos y nefastas influencias jacobinas ultra-montanas para explicar lo ocurrido aquí.

En honor a la verdad y a la justicia, creo que hay que confesar hoy y aquí, que estamos conociendo bajo el cetro benévolo de Juan Carlos I, un respeto a la Nación vasca y una sensibilidad hacia nuestra cultura que para sí quisieran nuestros hermanos sometidos a la vara del Presidente

Mitterrand, al otro lado de ese Bidasoa, que si ha dejado de ser frontera, todavía sigue siendo, en los dominios del espíritu, río poco vadeable...

Y es que a un país como Francia, donde todo jefe de Estado en todo Régimen, descende su línea directa de Santa Juana de Arco, de Luis XIV y de Napoleón, viéndose así dotado de todos los atributos de la santidad, de la legitimidad y del genio, le va a costar adaptarse a ese proceso de gestación de Europa, en el que un previo enternecimiento y un claro abandono de ciertos dogmatismos culturales feroces, son esenciales. Creo adivinar inquietud en esas inteligencias galas, tan penetrantes, que saben bien que está próximo el día en que los catalanes de Perpiñán se darán cuenta de que Barcelona está más cerca que París, que temen que la cigüeña alsaciana se aproxime al águila germánica, alejándose del Gallo francés...

Ese aspecto, el de la redistribución, *noli voli*, de centros de gravedad político-económicos en base a realidades culturales por fin liberadas de la opresión de las fronteras, es tema apasionante, y consecuencia no muy prevista del nacimiento de la nueva Europa, que justificaría por sí sola horas de divagación...

Un proceso que parece, a medio plazo, inevitable, que se llevará a cabo en esta Europa nuestra, sin traumas irreparables, que en la otra Europa, en esa que está teniendo sus primeros encuentros con la libertad, conoce episodios sangrientos aterradores.

Nos resulta difícil explicar tanto odio, tamaña vuelta a un primitivismo brutal. No sabemos qué ocurre con esa Serbia hoy denostada que yo, que procedo del sistema educativo francés, aprendí a conocer como la pequeña y heroica Serbia. Y el heroico rey Pedro y el heroico príncipe Alejandro. Esos Karageorgeowich que, bien es verdad, habían sido deprecados poco antes como autores materiales de la matanza en masa de todos los miembros de la familia, entonces reinante, de los Obranowich. Un crimen que consiguió conmover entonces incluso los coriaces y poco sensibles ciudadanos balcánicos del período.

La guerra del 14, y la necesidad de volcar las depreciaciones universales sobre los Habsburgo de Viena, valió a los Karageorgeowich y a su Serbia la canonización política. Así son las cosas. *Sic transit*.

En todo caso, su tentativa de crear Yugoslavia fracasó. Allí no nació el refugio soñado de los Eslavos del Sur. Allí surgió la Gran Serbia, autoritaria, militar, ortodoxa, con un poco del recuerdo de las glorias de Constantinopla y con un mucho de los hábitos de brutalidad de Istambul. Guardando todas las distancias y sin ofender su memoria, como una

transposición balcánica de las ideas uniformizadoras del Conde Duque... Con un resultado aun peor, teniendo en cuenta el tono y el talante de las comunidades a las que se pretendió aplicar y sus hábitos atávicos, donde las minorías oprimían de forma *inmisericorde* a los grupos aún más minoritarios que caían en sus manos. La magyarázación a palos que la minoría húngara pretendió aplicar en aquel entonces a sus propias minorías eslovaca y croata, fue posiblemente lo que hizo observar al pobre Archiduque Francisco Fernando, el asesinado en Sarajevo, que el húngaro decente era una mera visión del espíritu sin existencia real.

Parece deducirse del pasado y del presente, que esas infortunadas nacionalidades europeas amenazadas siempre de muerte violenta, de desaparición cruenta a manos de unos o de otros, han terminado por incorporar a sus culturas, a sus hábitos, a sus formas de creatividad, unos principios de violencia, de implacabilidad y posiblemente de egoísmo que les son ya consustanciales y que, lejos de contribuir a su supervivencia y a su florecimiento, crean un entorno cíclicamente inestable y permanentemente invivible.

Me he permitido esta disgresión porque tampoco en Euskadi nos vemos libres de problemas de ese tipo. Dejando claro que lo que aquí ocurre no es ni comparable ni equiparable a lo de allí, que puede servir, no obstante, como tema de reflexión.

Yo quisiera decirles, ahora que nos vamos acercando al final de la conferencia, y que nos aproximamos por tanto inevitablemente al tema de ésta, lo difícil que me resulta adoptar actitudes de aséptica ecuanimidad en cuestiones que, por razón de mi trayectoria vital, me llegan al alma.

Entramos aquí de lleno en un terreno que Thomas Mann había denominado y llamado el de la arbitrariedad subjetiva, en contraposición a la objetividad de la norma, una norma que, en estos parajes del espíritu puro, ciertamente no existe o es difícil de percibir. Sin olvidar ese elemento demoníaco que forma parte de cada uno de nosotros, que está hecho de irracionalidad pero también, y entre otros para quienes nos identificamos con el mundo cultural euskaldún, de la angustia de sobrevivir, para poder convivir.

Por lo demás, yo me pregunto si esta introspección constante y casi obsesiva de nuestros problemas, de nuestras conductas, de nuestras esencias, que es la muestra desde hace años, no nos lleva a una pérdida de ingenuidad; de esa ingenuidad, por recurrir de nuevo a Mann, cuya existencia será signo de las épocas de cultura y cuya falta señalaría las de

Civilización, definida como Técnica y comodidad. Con eso, decía Mann, se habla de cultura. No se la posee. Una introspección que tiende tantas veces, en ausencia de la dimensión crítica adecuada, a la apología sistemática de lo introspectado... A unas formas de auto-satisfacción que tienen todo de anti-cultura.

¿Y qué es cultura? Yo les voy a exponer mis opiniones, que tienen grandes posibilidades de resultar superficiales, que son por supuesto discutibles, rechazables, criticables, que son hoy, las más sujetas en todo momento a variaciones infinitas en función de influencias externas y de mi propia reflexión...

Cultura es aquello que resulta de la capacidad creativa de una comunidad. Capacidad creativa del espíritu que genera simultáneamente realidades espirituales —inmateriales— y materiales. Esa ambivalencia es un atributo esencial de la condición humana. *L'homme, ni ange, ni bête* decía Pascal pero sí algo de ambos.

El hombre, en todo caso, es fundamentalmente materia pensante o no es hombre. El pensamiento es a la vez base y motor de esa capacidad creativa que genera cultura, que a su vez es vida, y sobre todo un tono de vida, un marco de vida, una forma de ser del hombre y de la comunidad, una forma de ver las cosas, de plantear los problemas y de resolverlos... Y en este sentido la cultura como arquetipo, la cultura con mayúsculas, es un conjunto de culturas, es decir, de resultados de la penetración del pensamiento humano en una variedad de campos en principio infinita; como infinita es la curiosidad humana. La cultura como descubrimiento, la cultura como resultado glorioso del propio pensamiento, y cada vez más, la cultura como resultado de la interacción entre culturas, entre creativities y entre formas de pensar.

Yo no creo que esto nos lleve a la uniformidad o al agotamiento de formas y resultados. Creo que nos lleva a nuevas formas de cultura. Una comunidad humana es realidad diferenciada como tal cuando es creativa *per se* y receptiva a la vez a la creatividad de los demás. Todo está, y ha estado siempre, en esa interacción. Yo no creo en *getthos* ni creo en islas. Ambos tipos de refugio terminan siendo sepultura, donde ciertas formas de cultura todavía aletean, pero donde la capacidad creativa yace muerta y bien muerta.

Por otro lado, parece evidente que la cultura, en su sentido más amplio, es en buena parte resultado, en sus formas y en su fondo, de una infinidad de factores determinantes.

Es el clima y es la orografía. Cultura del sol y cultura de los suelos. Cultura de los grandes ríos, cultura de mares propicios y la de los mares hostiles.

El hombre es parte de la naturaleza, parte sumisa, respetuosa, adoradora, también en otros tiempos, peligrosamente depredadora hoy.

Y son los Media por supuesto, que nos dan lo mejor y lo peor, que a la vez estimulan y embrutecen, que se dirigen a lo que el hombre tiene de animal pensante, y explotan lo que tiene de papanatas... Pero también y sin duda alguna, que informan —mejor o peor—, que abren horizontes a los espíritus y estimulan las capacidades creativas.

Y son los sistemas educativos, cómo no, los que moldeando hombres moldean culturas. Y los planteamientos filosóficos y los religiosos, trascendentes, respuesta a los interrogantes que plantea el más allá. Una respuesta, sea la que fuera con un pero decisivo en los comportamientos, en los tonos de vida, en el sentido que toma la creatividad cultural. Cultura que es culto. Culto de la vida y culto de la muerte. De los muertos. Algo que ha tenido una influencia considerable en el tono peculiar del alma vasca, de nuestra cultura.

Y por terminar, influencia de la propia cultura en la que el hombre se sumerge al nacer, sobre su desarrollo. El hombre crea cultura y la cultura crea hombre. En otro orden de ideas, cómo no recordar que hay culturas, formas de ser, como rituales, repetitivas, y culturas con ruptura, innovadoras. Función de tiempos y de circunstancias cambiantes.

Si algo diferencia a las culturas, si algo les proporciona un carácter de originalidad, es el valor distinto, el peso específico diferente que cada cultura atribuye a sus propios componentes. Creatividad artística y también creatividad empresarial, valor concedido a lo religioso, a lo trascendente, a lo ético, hoy a la tecnología, como nueva divinidad.

Quisiera decir aquí que resulta difícil aceptar el que, de alguna forma, se limite el concepto de cultura al mundo del arte, al mundo, si se quiere también, del saber abstracto... Esa mistificación, que por supuesto, no es, ni de ahora, ni de aquí, aunque se dé *ahora* y se dé *aquí*, que situando en su epicentro la figura solitaria, grave, dolorosa también tantas veces del artista, transforma la cultura en un fin por sí mismo, cuando más parece que es consecuencia, resultado más que fin. Criterio restrictivo que Goethe expresaba no sin brutalidad, al afirmar que «masas y cultura no van emparejadas». «La cultura se dirige a los elegidos, a los que con una sonrisa discreta comprenden lo elevado.» Isoterismo de la cultura. *Diletantismo* que lleva a la soledad. Hoy se tiene una visión más ge-

nerosa de las cosas, dando entrada a todos en ese proceso de creatividad generadora de culturas. Intentando liberar las sensibilidades latentes en todos, para que sean partícipes, a la vez agentes y beneficiarios.

Al margen del concepto general que unos y otros puedan tener de la cultura —y caben todos— al abordar el campo mucho más concreto de la cultura vasca, hay que empezar por discurrir sobre los dos agentes clave de cualquier cultura: sobre el hombre, y sobre su idioma, ese instrumento que sirve a la vez para pensar, para codificar el pensamiento y para transmitirlo, dando al propio pensamiento tono y originalidad. Para terminar *elucubrando* sobre el binomio hombre/idioma, que bien se puede calificar de binomio creador de cultura.

El hombre vasco, el primer elemento. Hasta tiempos históricos bien recientes, al hombre vasco lo identificaba su apellido, que a su vez lo vinculaba a su idioma, así de simple. Dejando de lado consideraciones biológicas de un valor científico más que discutible, que rara vez se han planteado entre nosotros. Los grandes hombres que de alguna forma constituyen el Olimpo vasco, llevan todos un apellido que es el que les define como vascos. Un apellido vinculado a esta tierra, pensado en euskera, con un significado muy preciso, toponímico u otro, expresado en euskera.

Goikoetxea, Ibarra, Arana, Loiola, se convertirán, si un día se olvida y desaparece el euskera, en un galimatías que necesitará de una nueva piedra de la Roseta, depositada a tiempo a orillas del Ibaizabal, para volver a tener sentido.

La situación demográfica y con ella la composición del elemento humano afincado en tierras vascas, cambia radicalmente con las grandes oleadas inmigratorias, la del siglo XIX aquí en Bizkaia y la del siglo XX en el conjunto de nuestros territorios históricos. Por no citar más que un ejemplo, Alza, un pequeño municipio hoy incorporado al de San Sebastián, Donostia, tenía en 1940 unos 2.500 habitantes. Hoy roza los 70.000. Y esta expansión realmente notable no se debe, por supuesto, a una fecundidad extraordinaria y milagrosa de los alzatarras primitivos que hoy, en lo que es barriada enorme, son tan «rara avis» como un indio sioux en Little Rock...

Por supuesto que el hombre vasco tradicional, el del apellido, sigue ahí, formando mayoría. Pero existe otro grupo humano, igualmente significativo, que carece de ese signo de identidad patronímico, porque proceden de otras partes, o son hijos o nietos de gentes venidas de fuera. Pero que son vascos, de pleno derecho, sin duda alguna y al margen de

cualquier otra consideración, porque se sienten vascos, y se sienten vascos con el *corazón*, y esa forma de sentir es la mejor forma de SER.

Sin que falten, entre los que aquí viven, pero en clara regresión, los que ni sienten, ni se identifican. Los que agreden, amparándose hasta hace bien poco y simplemente en la fuerza. En el hecho consumado. Y hoy en una españolidad equívoca que ni el Conde Duque hubiera deseado propugnar.

Con esta descripción absolutamente somera no pretendo tipificar una realidad, mucho más compleja y además en constante evolución. Simplemente quiero explicar, recordando los orígenes diferentes de quienes son hoy Pueblo vasco, la razón de ciertas heterogeneidades que van desapareciendo paulatinamente a medida que las gentes se mezclan, conviven, comparten alegrías y penas, aceptan valores comunes y que las nuevas generaciones se integran en el mismo sistema educativo. Cuestión de tiempo.

Y pasando al otro componente del binomio, al idioma, al euskera. Simplificando una vez más el análisis, se podría afirmar que en los últimos 10 siglos, en el último milenio, al euskera le han ocurrido, entre miles de cosas, por lo menos tres altamente importantes:

La primera, que en este período y hasta hace bien poco, hasta ayer, ha sufrido un retroceso constante. Desde la demanda hasta la costa. Por decirlo de alguna manera desde San Millán de la Cogolla a San Antonio de Urkiola, que al retroceder ha sido sustituido por el castellano... Existe hoy en día una homogeneidad en la Rioja, a ambos lados del Ebro. La diferencia entre Rioja Alavesa y Rioja Rioja es, me parece, más foral que cultural. El que vive ahí en ambas orillas, es la especie milenaria del hombre vasco castellanoparlante.

La segunda es que el euskera ha sobrevivido contra todo pronóstico, ha llegado al siglo XXI, señal ésta inequívoca de que ha sobrevivido también el viejo hombre euskaldún con su capacidad creativa intacta, con la singularidad que le confiere el ser el último producto, el resultado final de una evolución multimilenaria. Su pervivencia, su voluntad evidente de durar, su condición de testigo y heredero de una cultura, sigue dando carácter y originalidad a todo lo cultural —a todo lo propio del dominio del espíritu— que sigue aquí entre nosotros, el Pueblo vasco de hoy.

La tercera es que el euskera, también contra todo pronóstico, ha iniciado, en nuestro día, en este siglo xx un nuevo y sorprendente proceso de recuperación, que el retroceso ha terminado, que el idioma avanza, que está aglutinando y dando cohesión a un grupo humano en crecimen-

to, un grupo humano joven, que vuelve a utilizar el euskera ancestral como base de pensamiento y comunicación.

Esta ruptura, este *renversemat*, este corte de un largo proceso de degradación o de evolución, según cómo se mire y quién lo mire, en el que un pueblo iba abandonando su idioma para sustituirlo por otro, dejando al tiempo un marco cultural definido para integrarse en otro ciertamente más amplio, esto no se está haciendo desde luego sin esas tensiones que provocan los grandes entusiasmos, ni sin que se produzca un cierto desorden en el binomio hombre/idioma, desorden que si para algunos se parece al caos, para otros es anuncio espléndido de tiempos nuevos...

Esta recuperación y su impacto práctico, apoyado en una voluntad mayoritaria de las gentes, claramente expresada una y otra vez, ha dado lugar entre nosotros, y desde el punto de vista de la dimensión cultural, a una serie de subtipos, y ello tanto se trate de vascos del apellido como de vascos del corazón, por hablar de alguna forma.

Ahí tenemos esa mayoría de ciudadanos que piensan y comunican en castellano como idioma único y el grupo importante, por su carácter testimonial, de adultos que a costa de un esfuerzo ímprobo, y si bien siguen en general pensando en castellano, son capaces de comunicar en euskera.

Y la masa creciente, producto de ikastolas, liceos y hoy de la universidad, algo sin precedentes, que pueden pensar y comunicar en lo que es, de nuevo, su idioma. Sin olvidar esa categoría en rápida desaparición, del euskaldún viejo, el que recibía el idioma —y así fue durante siglos— por transmisión oral. El que a pesar de verse forzado una y otra vez a comunicar en ese castellano o francés que apenas conocía, ha resistido amarrado al viejo trono, «Txit attikia hire eskuarari» como diría Zalduby.

Recuerdo de mis experiencias municipales que me solía sentir penetrado de un sentimiento intenso de afecto y de gratitud hacia esos críos de ikastola, euskaldunes, nietos de hombres nacidos en tierras de Extremadura. Esos benditos niños que piensan en euskera y comunican en sus casas en castellano, siempre en una situación próxima a la de una torre de Babel unipersonal. Y sin embargo ellos son una de las bases fundamentales de lo que será el nuevo Pueblo vasco. La nueva cultura vasca, porque de esta aventura en la que estamos, o sale un nuevo pueblo y una nueva cultura o no sale y no queda nada.

No parece exagerado afirmar que el máximo elemento cohesionador del entramado humano vasco, es sigue siendo el euskaldún. Esos binomios hombre-idioma que son los mismos en Bilbao que en St. Jean-Pied-

de-Port, Bilbo y Donibane Garazi. Ellos sí pueden, sin dificultad, cogidos de la mano, emprender la ruta de Europa, la consolidación y expresión de esa cultura nuestra hoy en fase de transición.

Por otra parte, y pasando realmente al otro extremo, lo que tienen en común el castellano parlante de Vitoria y el franco parlante de Mauleón, no pasa de ser a primera vista, su europeidad... Y es mucho. Pero el vínculo vasco pierde aquí toda realidad, toda virtualidad. Es un eslogan vacío. Si el hombre que piensa en euskera hubiera desaparecido en el siglo XVII o antes, hoy quedaría de nuestra cultura originaria un recuerdo difuminado, capaz quizás de dar cierto tono y originalidad al actual. Pero seríamos una hoja más en el libro —esplendoroso por cierto— de la cultura castellana. Pueblos de habla castellana, pueblos de habla inglesa, cuya historia escribió Churchill dando al idioma, el inglés, su concreto carácter definitorio de cultura.

Hablamos aquí de una opción a la que parecía que este pueblo estaba abocado, hoy irreconciliable con ese acto de amor que es en el fondo de los fondos la batalla que se está dando por el euskera. Sea como fuera el pueblo vasco se caracteriza hoy por estar compuesta de una notable variedad de binomios hombre/cultura, que están para largo, quizás para siempre.

Necesitaremos 25 años de trabajo de nuestro sistema educacional para crear el arquetipo o arquetipos del hombre vasco del siglo XXI. El hombre francés de hoy, sigue en una buena medida, siendo el producto de la escuela pública que crearon a fines del XIX los hombres de la 3.^a República, sabiendo muy bien lo que hacían. En espera del Hombre vasco, los hombres vascos de hoy, los de una procedencia y otra, los del viejo tronco y los procedentes de otras culturas, mayoritariamente inmersos en el castellano, minoritariamente en el francés, agresiva y crecientemente en el euskera, cubren y cubren bien el período de transición. Son capaces de convivir y de crear un tono cultural interno. Ese «Gizarte», como se diría en euskera, ese Magma humano, todavía heterogéneo está dando una respuesta sorprendentemente coherente y personalizada, en un clima de enorme permeabilidad cultural y de aceptación a nivel planetario de claves culturales comunes. El hombre vasco que va a surgir, que está surgiendo de estos hombres, será como una versión enriquecida de lo que pensamos que fueron nuestros antepasados.

El euskera, se suele presentar como signo clave de nuestra identidad, lo cual es cierto, pero no justifica la tentación que existe de conservarlo como las joyas de la corona. Inerte y en la oscuridad, el euskera es básicamente un instrumento de creación de cultura y un instrumento vivo,

capaz de seguir haciendo lo que ha hecho desde la noche de los tiempos. Ahí están las realizaciones de este pueblo, ahí están los hombres de este pueblo, los que se han hecho en el ámbito de una cultura definida por el euskera, en contacto permanente por supuesto con otras culturas, simultáneamente enriqueciendo y siendo enriquecida, como todas. Ha sido una característica notable del hombre euskaldún esa capacidad para sumergirse en culturas ajenas, sin perder un ápice de la suya. Para ir a las Américas, pasar allí una vida, volver a sus lares y seguir siendo el que era. Yo no voy a recitar apologías ni a presentar listas de lo hecho ni de lo que se hace hoy, las unas ya han sido cantadas y las otras dadas a conocer, y el que quiera ver... que vea. Si para algo sirven es para confirmar la originalidad del pueblo euskaldún, para contemplar con afecto su pasado y batallar sin vacilación por su futuro.

Yo concedo un carácter singular al euskera. Tan singular como el que la Constitución española concede al castellano; con una clara visión por parte de los que redactaron aquel texto, del peso específico enorme del idioma, tanto en el campo de la cultura como del poder político. Creo que es el instrumento único para generar una cultura original vasca capaz, como siempre, de aportar y de aportar mucho, y en consecuencia cohesionar de forma definitiva la actual comunidad vasca. Dicho de otra forma, creo que el euskera puede en determinadas situaciones políticas, o como culminación de una evolución cultural-educativa forzosamente larga, jugar el papel cohesionador del hebreo en Israel.

Estos son temas de una enorme complejidad, con una capacidad notable de generar tensiones, tremendamente delicados, porque no hay que frustrar ni hay que agredir... ni hay que ofender...

Yo no creo en el bilingüismo. Yo creo que el hombre puede comunicar en muchos idiomas pero pensar, únicamente, en el suyo. Y creo que el del vasco, es el euskera. Con todas las consecuencias, sin renunciar por un solo instante al castellano ni al francés, que estamos olvidando. Sin renunciar a los canales privilegiados de comunicación que hemos tenido desde tiempo inmemorial con dos de las culturas claves de Europa. Monolingüe, euskaldun a la hora de pensar, políglota a la hora de comunicar, ése es para mí el vasco ideal. Visión ideal pero no excluyente.

Resumen:

1. *Oportunidad de la reflexión sobre cultura vasca. Creatividad cultural vasca. Vida vasca.*

—Porque termina un período de 12/13 décadas que:

a) Ha alterado radicalmente la concepción de estado español en lo que nos afecta a nivel interno: Cánovas 1876, Suárez 1980. Porque a nivel externo, sale de su aislamiento, se integra en Europa, perdiendo parte de soberanía y prepotencia. Europa 1993.

Europa con nuevos conceptos de convivencia de culturas.

b) Ha cerrado un ciclo de revolución industrial 1870/1992 acompañado de profundas alteraciones demográficas/sociales/económicas. Y de una ruptura cultural con los marcos tradicionales vascos progresivamente postergados, acelerándose el retroceso del euskera, y el rechazo de un idioma reducido a la transmisión oral.

c) Ante el fenómeno Revolución industrial/cultural, ha provocado una reacción cultural y política que ha devuelto al país amplias capacidades de decisión y ha catalizado en el hombre vasco una toma de conciencia sin precedentes, con una nueva valoración de los esquemas culturales/idiomáticos tradicionales confiriéndoles nueva trascendencia.

—Porque se inicia un nuevo período, se caracteriza:

a) Por la consolidación de una nueva sociedad vasca, amalgama de la histórica con las aportaciones humanas y culturales consecuencia de la revolución(es) industrial.

b) Por la recuperación/normalización/adaptación a la sociedad urbana del euskera.

c) Por la existencia de un sector creciente euskaldún, por primera vez en la historia, alfabetizado plenamente y de rango universitario/formación universitaria, que busca su sitio en la nueva sociedad vasca.

d) Pese a las tensiones, por un consenso básico en torno a la importancia clave del euskera como signo de identidad y, generador de cultura, de tono y originalidad culturales.

e) Por la necesidad absoluta para sobrevivir, en la que se halla esta nueva sociedad vasca de reiniciar una *nueva revolución industrial*, en el marco de un hombre vasco nuevo y de una nueva creatividad cultural. A diferencia de la anterior, sin aportaciones humanas externas inevitablemente alienadoras, y apoyándose en la progresiva vertebración-cohesión del actual magma humano vasco.

2. Consideraciones generales sobre lo que es cultura-creación:

—Creación colectiva.

—Creación espontánea sin necesidad de justificación existo, luego creo cultura.

—Creación que afecta a todos los ámbitos de la vida, sin limitaciones, resultado más que objetivo.

- Creación que es tal porque es capaz de recibir y es capaz de dar permeabilidad, abierto a todo, incluso al riesgo de desaparecer...
- Creación identificable por la importancia y el peso que atribuye a las distintas áreas/campos objeto y base de creatividad por ser objeto de interés, objeto de preocupación.
- Creación basada en el binomio hombre/idioma.

3. Consideraciones sobre hombre/idioma:

- Sobre el hombre vasco, lo que era y lo que es, lo que tiende a ser.
- Sobre el euskera, idioma, signo de identificación, proceso de retroceso histórico, supervivencia, nueva etapa de recuperación.
- Sobre la existencia de múltiples tipos de binomio hombre/idioma, según sus grados de aproximación/identificación con el euskera existencia en la sociedad vasca de cierto caos. ¿Vamos hacia el hombre nuevo?
- El binomio hombre/euskera, cohesionador. El que da contenido y básica homogeneidad al concepto de vasco.
- La alternativa pueblo vasco, uno más entre los pueblos de habla castellana posible si muere el euskera. ¿Deseable? Imposible mientras el estamento euskaldún siga creciendo.

4. Consideraciones finales:

El futuro y la evolución de la cultura vasca variará *Ad infinitum* en función de lo que ocurra con el euskera. Elemento a la vez creador y perturbador, sal de la tierra, elemento clave del grado de implantación del euskera, de si consigue o no, ser instrumento mayoritario de pensamiento/comunicación o queda en recuerdo.

De ese proceso degradación/implantación depende el carácter que tendrá nuestra cultura y, por tanto, las conductas futuras de la sociedad vasca.

De la misma forma que la desaparición del euskera llevaría a una integración del colectivo vasco en el área cultural del castellano, y a la presencia creciente en la creación política, a nivel peninsular, de la cultura castellana que es el estado español, su consolidación mayoritaria podría traer las consecuencias precisamente opuestas.

Desearía terminar exponiéndoles unos puntos de vista objeto de reflexión para la comunidad euskaldún; a este título se puede pensar que tienen un peso significativo en las claves y tendencias de esta cultura nuestra en plena eclosión.

1. Que la normalización del euskera comprende tres niveles:

El de la actualización/adaptación del idioma, su transición, del case-río a la calle. Su transformación en instrumento lingüístico de la nueva sociedad urbana, cosmopolita y universitaria vasca. Esto es algo adquirido: el euskera *instrumento* está listo.

El de su introducción en las costumbres, en su utilización diaria como cosa normal; que esto se consiga sin desplazar a los actuales idiomas dominantes parece difícil.

El de la decisión personal, individual, de utilizarlo a la hora presente; este es el nivel decisorio.

2. Que en el ámbito euskaldún se está produciendo:

La toma de conciencia de la diferencia básica existente entre vasco, basque y euskaldún. La que con fuerza da el respectivo idioma, que entre todas forman el pueblo llamado vasco, dando a vasco, la dimensión que en la confederación helvética se confiere a suizo. Vínculo de unión entre grupos humanos con diferentes idiomas y credos religiosos.

La convicción de la importancia decisiva que ha de tener el grupo creciente y sin precedente histórico, de euskaldunes alfabetizados universitarios, con todas las características de una masa crítica capaz de producir ruptura en el actual equilibrio cultural del país.

Que un fenómeno de consecuencias imprevisibles, lo constituye la distinta velocidad/ritmo/profundidad de implantación del euskera en los distintos territorios. De mantenerse durante un cuarto de siglo los parámetros actuales, se producirían *de facto* fronteras idiomáticas en el ámbito vasco, con una definición territorial de los idiomas en uso. Algo que la ley de normalización del euskera preveía y que fue impugnado por la administración central, siempre consciente de la trascendencia cultural y política del idioma, algo, sin embargo, que da paz y cohesión a la confederación helvética.

Que es lo que deseamos para nosotros, los vascos del nuevo pueblo, de la nueva nación vasca: paz y cohesión. Esa es la base de nuestra cultura sin que nadie, ningún grupo, sea cual fuera, ceda a la tentación de erigirse en pueblo elegido de Dios, con el complejo de estar rodeado de cananeos, moabitas e hititas. Tropezando, por no saber andar, con constantes Jerichos, y sin trompetas para derribar murallas.

Aquí no se trata de derribar, se trata de construir

«Egin, behar dukena»

«Gerta, ahal duena,»

decía el adagio: haz lo que debas y ocurra, lo que pueda,
así sea para cada uno y para todos nosotros.

«Errateko nituenak, erranak!»